

1-5-2008

Interview no. 1354

Cuauhtémoc Z. Madrid

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

Recommended Citation

Interview with Cuauhtémoc Z. Madrid by Anaís Acosta, 2008, "Interview no. 1354," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

University of Texas at El Paso

Institute of Oral History

Interviewee: Cuauhtémoc Z. Madrid

Interviewer: Anaís Acosta

Project: Bracero Oral History

Location: Tucson, Arizona

Date of Interview: January 5, 2008

Terms of Use: Unrestricted

Transcript No.: 1354

Transcriber: GMR Transcription Service

Biographical Synopsis of Interviewee: Cuauhtémoc Z. Madrid was born December 11, 1929, in Sonora México; he had eleven siblings; his mother was a housewife, and his father worked in copper, silver and gold mines; by the time Cuauhtémoc was eight years old, he was working odd jobs wherever he could find them; he was formally educated only through the sixth grade, because there were no secondary schools; as a young man, he enlisted in the bracero program and labored in the fields of Arizona for four months.

Summary of Interview: Mr. Madrid talks about his hometown and what his life was like growing up; when he went to the center to enlist, contracts were suspended after ten days, and no one knew why; even so, he and others continued to wait; they held on to the belt loops of the people in front of and behind them so no one would get in line in front of them; while waiting, he climbed a tree, picked dates and gave them to the men that did not have food; when contracts resumed, he could not pass, because his papers were not signed; the men he helped feed argued on his behalf, and he was allowed to pass; he was stripped and examined, which was embarrassing, because there were women present; upon crossing into the United States, he was deloused and so were his luggage and clothing; as a bracero, he completed one contract and labored in the fields of Arizona for four months; he goes on to detail the camp size, living conditions, provisions, duties, payments, deductions, remittances, treatment, friendships, correspondence and recreational activities, including trips into town; when he arrived at the camp, it was in very poor condition; there was very little drinking water and nothing but tents; it rained, and all of his belongings were ruined; he could not replace them, because he did not have any money; he also talks about receiving a telegram from his family telling him to come home, because his father was very ill; his boss did not believe him and was reluctant to let him go; when he left his boss told him not to return, because by then it would be too late for any good pickings; although his father eventually recovered, he decided not to return as a bracero.

Length of interview 47 minutes

Length of Transcript 26 pages

Nombre del entrevistado: Cuauhtémoc Z. Madrid
Fecha de la entrevista: 5 de enero de 2008
Nombre del entrevistador: Anaís Acosta

Mi nombre es Anaís Acosta y nos encontramos en la ciudad de Tucson, Arizona. El día de hoy es enero 5 de 2008 y estamos con el señor Cuahutémoc Madrid.

AA: ¿Cómo se encuentra, señor Madrid?

CM: Muy bien. Para mi edad, me encuentro muy bien, perfectamente.

AA: Dígame, ¿cuándo nació?

CM: El día 11 de diciembre de 1929, Pilares de Nacozari, Sonora, México.

AA: ¿Pilares de Nacozari, Sonora, México?

CM: Correcto.

AA: ¿A qué se dedicaban sus papás?

CM: Minero, mi papá y mi madre, ama de casa.

AA: ¿Qué clase de trabajo de minería?

CM: De en mina de cobre, oro, y plata, en Sonora.

AA: Cuénteme un poquito, ¿cómo era Pilares?

CM: Un pueblo tan bonito, pero multinacional, porque tenía colonia china, colonia japonesa, colonia americana, y colonia mexicana, lógico, ¿verdad?

AA: ¿Cómo fue eso?

CM: Porque estaba muy rica la mina, tenía más de cuatro mil, casi cinco mil trabajadores ahí, a lo largo, pues, puede ser como, todas las minas cierran y abren, ¿no? Van cierran y abren, sube el cobre, sube el oro, sube esto, vuelven a abrir y esa mina, así es lo que sucedía, pos, terminó mi papá por venirse para Estados

Unidos de vuelta, de vuelta, porque ya había él estado aquí. Como en aquellos tiempos no había línea, ni había cerco como ahora.

AA: Todo mundo podía pasar, ¿no?

CM: Todo el mundo, sí.

AA: Su mamá dice que era ama de casa, ¿cuántos eran ustedes?

CM: Como once o doce, no había televisión en aquel entonces.

AA: Muchos hermanos.

CM: Claro.

AA: ¿Cómo se vivía en México en aquellos tiempos?

CM: Como se vive ahora también. Si la gente o uno aparentemente la gente que se quedó en México, sufre, sufre, pero no sufre de hambre, porque la familia que tiene frijoles y papas, y un poco de chile verde, chile verde en la mañana, chile verde y papas y frijoles en a mediodía, y frijoles... Y, como dicen: "Y papas a huevo, en la tarde". ¿No?

AA: Otra vez papas.

CM: Pero, en el interior no, no sufren, no. Teniendo un pedazo de tortilla, un pedazo de tortilla con que compartirlo con los demás hermanitos, es feliz esa gente. Feliz, en lo que respecta, si nosotros comemos jamón o *bologna* aquí en Estados Unidos, esa es la equivalencia de los frijoles y las papas en México. Y en cualquier parte del mundo, la gente que tiene un bocado que echarse a la boca, es feliz, es feliz o conformista, digámosle, ¿no? Porque podía ser eso también, pero, nosotros así vivíamos también. Yo lo que ganaba con la, cuando daba bola, era boleador en Naco, le ayudaba a mi mamá, se vendían empanadas, se vendían tamales y se compartía en toda la familia. Eso sí, muy unida la familia.

AA: Eso es bueno. ¿A qué edad empezó usted a trabajar?

CM: Como a los nueve años, de ocho o nueve años, más o menos.

AA: ¿Qué era lo que hacía? ¿Daba bola?

CM: Sí, daba bola, perdón. Y, luego fui a pedir trabajo en una cantina y me dieron, pero de lavando vasos a los cantineros. Apenas sacaba la cabeza de la barra, así donde estaban los cantineros en aquel tiempo, el tiempo de la Segunda Guerra Mundial, que empezó el 7 de diciembre del [19]41, en día domingo, allí andaba yo dando, atrás de la, de la barrita. Ya iba cumplir los doce años, me faltaban cuatro días para, para cumplir los doce años cuando empezó la Segunda Guerra Mundial. Así, este, muchas ocasiones la falta de educación, le falta... Porque hay mucha pobreza, pero pobreza como por ejemplo, para estudiar pa[ra] ingeniería, no hay. En ese pueblo de Naco no había secundaria o lo que, la equivalencia de la *high school* aquí, aquí en Estados Unidos, no había. Había, el que terminaba sexto año, era rico. Yo fui uno de los ricos que terminé sexto año, pero ahí se me acabó el corrido. De ahí, vamos a navegar, a navegar por aquí, por ahí, por...

AA: ¿Había necesidad?

CM: Sí, la necesidad. Sí, el hambre, el hambre de aprender, el hambre de conocer, el hambre de tener algo, un centavo en la bolsa para, para comer, todo eso, lo lleva a muchos lugares a uno, pero, gracias a Dios, si se sabe comportar uno, si sabe dirigirse por buen camino, no es necesario robar, ni meterse en malas, malas costumbres, como drogas y todo eso, no. Y que bueno que en mi generación no hubo drogas, no hubo drogas. No, a nosotros nos decían: “El fulano aquel es marihuano y le sacábamos la vuelta todos los chamacos”. Sí, aunque fueran mentiras.

AA: Qué bueno, qué bueno. Cuénteme, ¿cómo se da cuenta usted del Programa Bracero, de que hay trabajo en Estados Unidos?

CM: Cuando empecé antes de venirme. Estaba sentado en una banca en Hermosillo, en el Jardín Juárez, ¿no? Rascándome la cabeza, pensando, ¿qué iba a hacer? No tenía los dieciocho años todavía y muchas ocasiones le exigen a uno que ya traiga

la cartilla militar, y todo eso, ¿no? Yo traía una cartilla, pero, como no estaba firmada todavía, porque, pos, no había cumplido todavía con el servicio. Y un señor se paró ahí, se sentó a un lado de mí. “¿Qué andas haciendo muchacho?”. “Ando buscando trabajo”, le digo, “¿[d]ónde hay trabajo?”. “Nombre, aquí en Hermosillo está, no, no hay nada. ¿Sabes qué? Vente a la Casa del Pueblo”. “¿Onde queda eso? ¿Qué hay ahí?”. “Tan contratando braceros pa Estados Unidos”. Y ahí va Temitó, ahí va Temo. “¿Por dónde agarro?”. “Por esa calle agarra derechito y no tienes pierde”. Y, voy mirando una cola tremenda.

AA: ¿Cómo cuántas personas había?

CM: Muchos, bien vestidos, otros medio bien vestidos y otros desarrapados. Yo, pos, andaba regularmente, con los pantaloncitos ahí. Fui en el mes de septiembre, los primeros de septiembre. Recuerdo que lo primero que se ocurrió mirar para arriba y vi una palmera grandota, grandota. Después, estando en la fila, les di de comer a los que estaban conmigo.

AA: ¿Cómo le hizo?

CM: Pa mí.

AA: ¿Cómo le hizo para darles de comer?

CM: Subí la palmeras, porque ya teníamos diez días, diez días formados ahí, se suspendió la contratación por orden del gobierno, desacuerdo de entre los organizadores de aquí y de allá, ¿no? No, nunca nos dijeron a nosotros por qué. Se suspende, el que quiera irse, que se vaya y el que quiere quedarse, que se quede, diez días ahí.

AA: Y, ¿qué hicieron durante esos diez días?

CM: Yo traía como \$4 o \$5 pesos en la bolsa, eran pesos de aquellos, de aquellos tiempos, ¿no? Que pasaban señoras vendiendo tamales a \$0.10 centavos, a \$0.15 centavos. Me alcanzó para los diez días, y luego con los dátiles que les tiré yo a los pobrecitos. No, cuando subí arriba de la datilera. “¡Tírala periquito!”, me

decían, era pura gente del sur, tienen su timbre para hablar, ¿no? “¡Tírala periquito!”. Pero me decían periquito, porque yo hablo mucho. Y no se me quita todavía.

AA: Eso es bueno.

CM: No se me quita. Sí, no se me quita, porque tengo ganas de conversar con el mundo, pues, recordar los ratos que pasamos, porque, creo que los golpes en la vida, lo hacen duro a uno, lo hacen duro. Me ha tocado, eso no le he platicado, que estuve treinta años con nueve meses, trabajando en la mina aquí en Arizona, en la San Manuel, con la Magma Copper. Me faltaron tres meses para cumplir treinta y uno abajo de la tierra. Y me tocó ver muchos muertos, golpeados y todo eso. Y todo eso le va endureciendo el modo ser de uno, ¿no? En cierta forma nada más, ¿no?, porque, pues la vida nos da...

AA: En cierta forma nos ayudan también.

CM: Sí es cierto y es cierto. Yo por mi parte estoy satisfecho de haberme venido ahora a Estados Unidos, cosa que nunca pensaba, nunca, no estaba en mi mente. Estuve cinco años trabajando en el Fray Marco de Niza aquí en Nogales, Sonora, y el Consulado estaba abajo de nosotros. Iba el cónsul y me decía: “Muchacho, cuando se le ofrezca algo”. Nunca pasó por mi mente venirme para acá pa Estados Unidos, por eso sí hay destino.

AA: Sí, sí hay destino.

CM: Sí hay destino.

AA: Bueno y cuénteme, cuando ya tenían ahí diez días esperando, ¿qué fue lo que pasó?

CM: Cuando sucedió que: “¡Se reanuda, se reanuda!”. “¡Uh!”. Una gritona que teníamos nosotros.

AA: Sí, después de días, ¿cómo no?

CM: Sí, dormíamos, dormíamos agarrados del cinturón de, tirados en el, en el, unos le dicen el zacate, otros le dicen el césped, y ahora últimamente...

AA: Pasto.

CM: La grama y este y esto otro, ¿no? Ahí dormíamos, agarrados del cinto, del cinturón del que, del que estaba enfrente de uno. Y el de atrás estaba agarrado del cinturón mío.

AA: Y, ¿así para qué?

CM: Para que no, no entrara nadie y nos ganara el turno.

AA: Ah, pues sí.

CM: Nos ganara el turno, ya fue caminando, caminando, caminando. Cuando llegamos allá a la pura entrada, estaban unos compas allá, de esos intérpretes, ¿no? Unos tipos medio, mucha importancia, así, ¿no? Como que son los meros meros ahí, ¿no? “A ver...

AA: Un poco sangrones.

CM: “Su cartilla”. Es lo primero que le piden a uno. “Aquí está”. “Esta no está firmada, sálgase”. Y luego, quién sabe quien le dijo: “Ay no, pos, es que nos dio algo de comer”. “Jefe, déjeme entrar”. Y todos, dos, tres estuvieron a favor mío. “Déjelo, por favor entrar”. Se me quedó mirando: “Tienes cara de lastima, ándale, pásale”. Pa como a los diez minutos nos tenían desnudos allá adentro a todos, desnudos, examinándonos a ver si tenía una pierna quebrada, si nos faltaban dientes, si nos faltaba un ojo, o esto otro, como quien va a comprar caballos, así. Que los empieza a tocar así. “Bueno, pásale”. Y ya se pasó. “Ponte la ropa”.

AA: Y, ¿quiénes les hacían los exámenes médicos?

CM: Ahí había exámenes, ahí había clínicas adentro, dentro del...

AA: Doctores.

CM: Del edificio, de la Casa del Pueblo, arriba había, había clínica y nos daba mucha vergüenza, porque teníamos que pasar por enfrente de muchachas que estaban ahí, y todo eso.

AA: Y desnudos, ¿no?

CM: Creo que yo que estaban acostumbradas, ¿no? Cuando ya nos dieron el papelito, súbete al camión aquel, junto con los demás, ahí y todo eso, a Santa Ana, la primer comida.

AA: ¿Qué papelito les daban?

CM: Pues, un pase. Esos son cosas que nosotros entregamos en Nogales, Arizona, porque en Nogales tuvieron que hacer otra cola para pasar, para pasar para Arizona. Y de ahí nos metieron a un, un edificio grandote.

AA: Pero dice que llegaron a Santa Ana, ¿no?

CM: Sí, y ahí comimos.

AA: ¿En qué se los llevaron?

CM: En un camión, en un camión de pasajero y ahí nos bajaron a un restauran[te] y se llenaron las mesas y a mí me tocó cerquita del cocinero, y le dije yo: “Oiga”, por eso dice hay destino. Y a ese cocinero, al año, o no sé al que tanto tiempo después, lo vi trabajando en el Hotel Miramar. Le dije: “Oye, ¿cómo te llamas? ¿Pancho Sonoquili?”. “Sí, ¿cómo sabes?”. “Porque tú me diste de comer en Santa Ana, eras el cocinero”. “Sí, yo estaba en la camionera, en la central camionera en Nogales, en Santa Ana”, me dijo. “¿Te acuerdas quién te dio un plato”, le dije, “pa que se lo volvieras a llenar?”. “Sí, fuiste tú”, me dijo. Ya bendito sea Dios, sí hay, sí, sí hay destino, ¿no? ¡Ay! Me vine bien llenito hasta Nogales, Sonora, hicimos cola y en Nogales, Arizona, nos metieron a todos ahí. “Y tú aquí y tú allí, desnúdate”. Y nos echaron de ese Calome(?), de ese insecticida pa los piojos de la cabeza.

AA: En la cabeza.

CM: Sí, en la cabeza, en todas las partes del cuerpo y todo y en el velicito que traía, un velicito amarillo así, con rayitas, traía un pantalón y unos calcetines poco viejos, ahí todo apestoso, ¿no?

AA: ¿También a su equipaje, también?

CM: Al equipaje, sí, porque ese puede llevar más piojos que uno mismo, uno los va tirando en el camino. (risas) Y resulta que, no, que encanto, ¡que bárbaro! Ya pasamos para acá. Aquí en Tucson, Arizona, estaba el señor Jacinto Orozco, todos los viejones de aquí de Tucson, se recuerdan de él.

AA: ¿Qué hacía él?

CM: Locutor, fue la primera estación de radio aquí en Tucson, que estuvo a cargo un, un locutor, bueno, pues no, no tenía mucha dicción él, ¿no? Digamos para hablar, ¿no? Don Jacinto, que estaba en la cuatro, de su casa anunciaba los programas en español, en la KEVT. Resulta que don Jacinto nos recibió allí en El Charro, un restauaran que ya no existe, pero existen otros lugares, pero con dife[rente], con el mismo nombre, pero no son los mismos dueños, creo yo. Estaba aquí en la congreso, ahí entramos, nos dieron comida y luego él se aventó ahí, ¿no?

AA: Y, ¿ya venían todos juntos?

CM: Sí, veníamos...

AA: ¿Ya contratados?

CM: Cada camión traía para cierta región. A nosotros nos tocó aquí en el desierto de Arizona, y...

AA: Y, ¿qué dijo don Jacinto esa vez?

CM: “Mexicanos, que han venido aquí, no en plan de guerra sino de paz, porque vienen a ganarse el pan, sustento diario para sus familias”, y etcétera, etcétera,

etcétera. Bueno, nos subió mucho el espíritu, sí, no cabe duda. Aquí en el centro está un retrato de Pan[cho], una estatua de Pancho Villa, ¿no la ha visto?

AA: No, no he tenido la oportunidad.

CM: En la congreso. Este ladito estaba ese restauran. ¿Cómo no lo voy a recordar? Por eso, cuando allá me pongo a veces a hacer memoria, digo yo: “Que bonito todo eso”. Gracias a Dios que me pasó esas cosas, porque si no yo estuviera ignorante en algún pueblo de la sierra, por allá, para saber. Cuando ya llegamos allá al campamento, puras carpas, muy poca agua potable, muy malas condiciones el agua. Entonces, se empezó a enfermar la gente un poquito, ¿no? Y luego,...

AA: ¿Carpas móviles? ¿Carpas...?

CM: Pues sí, que las ponen y las quitan, le encajan una cosa en la, unas estacas en los lados, ¿no?

AA: Estacas.

CM: Le ponen unas tablas, unas tablas aquí arriba y unos catres adentro, catres de campaña, y esa noche nos llovió, porque no le pusieron bordo alrededor de la carpa, llovió y se metió el agua por abajo, y mi pobre velicito que traía todo ese polvo ahí, se hizo una cochinateda, una porquería se hizo ahí. No hallaba ni como, ni como...

AA: Lavarlo.

CM: Y luego, sin dinero, porque no creas que le dieron unos \$20 dólares a uno pa que comprara aunque sea una, una toalla, nada. No, vivimos en una forma...

AA: Cuénteme, ¿cuándo firman ustedes el contrato? O, ¿cuándo les avisan que tipo de trabajo iban a desempeñar?

- CM: Cuando llegamos. Había muchos que no conocíamos la planta del algodón y pensamos nosotros que iba a hacer, necesitar escalera pa subirse a las plantas, a las matas de algodón, ¿no?
- AA: ¿No era requisito saber el oficio?
- CM: Tener experiencia, no. No, allí aprende, porque el hambre lo... Porque como es por contrato, tantas libras piscas, pisca se llama levantar, ¿no? Tantas libras piscas y tantas libras te pagan. Nos pagaban una miseria cada viernes.
- AA: ¿Se acuerda cuánto le pagaban? O, ¿cuánto le pagaban por libra?
- CM: No creo que hacía \$40 dólares por semana yo, no creo, aparte que nos mochaba un poquito, ¿no? Ese dinero es el que mandó Estados Unidos a, que tampoco no saben, eso tampoco no lo creemos, ¿quién lo va a creer? Que usted manda un *money order* para México, a un banco y no va a saber a qué banco se le dirigió. O, tener un recibo. “Mandé tanto, devuélvemelo y con intereses”. No, no lo han hecho. Ahora dicen que el bracero que está en México, a ellos se les van a pagar, y a los que estamos aquí comiendo *bologna*, no nos van a pagar. ¿Cuál es la razón, haber?
- AA: ¿Qué culpa tienen ustedes?
- CM: No, pues, la vida nos trajo aquí.
- AA: Bueno, cuénteme y, ¿cómo aprendió usted a pisca el algodón? ¿Había alguien que los entrenaba?
- CM: Pues sí, y luego llegaban muchos eso que, en *gangs*, o algo así. Conocí una familia, una familia que traía una muchacha que se llamaba Lupita, que, ¡ay! Que Dios le conserve todavía. Ella me enseñó, porque los hermanos de ella se hicieron amigos míos y luego: “Mira, perico”, me decía, porque comenzaron a decirme a perico de vuelta, ¿no? “Vamos a agarrar tres surcos, tú agarras el de tu izquierda o de tu derecha, cualquiera, y vamos a dejar uno en medio, y vamos a pisca de los dos, de aquí, y de aquí, y de aquí a aquí”. Unos sacos largos que medían como

unos ocho pies de largo, más o menos. No, no recuerdo la medida exacta, pero sí, como ocho pies, y a darle, a darle, a echarle al saco. Se lo amarra uno de aquí de la cintura, y aquí queda el hueco, ¿no? Del saco y le va echando, le va echando, le va echando, le va echando. Unos muy tramposos le echan de esas que parecen calabazas.

AA: Para que pese más.

CM: Sí, de terrones o algo así, ¿no? Pero, allá están los pesadores y si le encuentran algo, le descuentan diez libras. Los que están pesando allá, que tenían con la balanza, con la báscula o lo que sea. Cuando llegábamos a allá me daba risa, porque yo llevaba ochenta libras y la muchacha esta llevaba ciento diez. Le dije: “¿Cómo es posible, Lupita? Yo veo que estamos moviendo la misma, en la misma forma la mano”. “No”, dice, “tiene su truco”, dice, “tiene su truco y un día te lo voy a enseñar”. Pues, después ya se cambió de rancho y todo ella, cambió de surcos.

AA: Entonces, ¿había también mujeres trabajando?

CM: Muchas mujeres, muchas mujeres. Que la mujer que se cría en el... Ni una bracara, como yo que era bracero, ¿no? No, estás son familias que vienen, por ejemplo, digamos, pa empezar, Idaho, que es la papa. Termina la papa, se viene a Sacramento a la uva, se vienen a Riverside.

AA: Andan rotando.

CM: Y llegan aquí a Yuma, al Valle Imperial, al melón, al limón y todo eso. Le dan vuelta a todo el país y esa ha sido la vida de ellos. Traen sus trocas, su trailercito, y todo traen, traen todo.

AA: Ya vienen listos.

CM: Sí, vienen listos. Si hay una casa, ahí la agarran y si no, ellos traen sus propias carpas ahí.

AA: Pero, ¿ellos no estaban como braceros?

CM: No, eran legales ellos. Bueno, nosotros también, ¿no? Pero ellos estaban ya nacidos, quizá aquí. Son familias de los ranchos, que no difieren, no, no tiene mucha diferencia de la de los rancheros de México. No creas que estos pobres que están aquí en Estados Unidos, porque nacieron, tienen buena escuela, no. Estos muchachos se criaron en los ranchos y ahí cuando mucho una escuelita ahí de esa, una escuela elementaria [*elementary*]. Con el trascurso de los años que yo aprendí un poquito inglés, que ahora puedo leer, en parte aunque sea el *newspaper* como le decimos aquí, ¿no? Ellos me pedían a mí que les llenara aplicaciones, a uno de México, pidiéndole uno de aquí de Estados Unidos. ¿Por qué? Porque en los ranchos donde están ellos, no hay escuelas buenas, pues. No hay escuelas y luego muy tímido, muy tímidos, como rancheros, así de de veras.

AA: ¿Usted tenía a alguien que lo supervisara, algún mayordomo, o los patrones?

CM: Sí, como no, Emilio era el mayordomo de nosotros. Emilio que también, él fue y me dijo: “Oye”, me dijo, me dijo, porque ahí había unos, unos hombres que venían de Sonora, del sur de Sonora, muy buenos pa hacer tortillas. Unas tortillotas grandotas y luego, ahora me dijo: “Tú voltéalas, porque yo nunca aprendí a hacer tortillas, nunca”. (risas) Yo les volteaba las tortillas. Después ya me dijo el mayordomo, ¿no? “Oye perico, vente conmigo”, porque él tenía casa sola, solo vivía ahí en una casa grande que tenía ahí, la casa grande del mayordomo, ¿no? Y sí, me fui a vivir, me despedí de aquellos y seguí siendo amigo. Y cuando ya me separé de ellos, siempre iban conmigo: “Periquito, hazme una carta para allá, para en cuan... Venía Julio de por allá de Guadalajara. Me decía: “Perico, hazme una carta”. Ellos: “Ya sabes vieja, o ya sabes mamá tanto para ti y tanto la iglesia”.

AA: Mandaban dinero.

CM: Sí, mandaban dinero. En su ignorancia ellos eran, tenían un corazón más grande que, que muchos que nos creemos que sabemos algo en la vida. Sí, me daba tanto gusto, porque iban conmigo.

AA: Gente de buen corazón.

CM: Sí, yo les hacía las cartas. Ya llegó el día, un 31 de diciembre, quién sabe qué año, mi papá ya murió, no puede corroborar esto que decir: “En tal año me puse enfermó yo”. De Cananea a Naco son cuarenta y cinco millas más o menos, ¿no?, o kilómetros lo que sea. La situación muy grave y me mandaron un telegrama en los surcos ahí, pues nosotros trabajábamos de noche, de noche empezamos y de noche terminábamos el turno de trabajo, hambreados, como he dicho anteriormente...

AA: ¿Cómo comían ahí?

CM: Nos llevábamos un lonchito, un burrito, pues sí, comp[rábamos]... El fin de semana comprábamos salchicha y había refrigeradores ahí onde ponerla, además era invierno y nos hacíamos unos dos sándwiches y una botella de soda y eso es lo que comíamos a medio día, pero no sufríamos.

AA: ¿Cómo se llama el rancho o el pueblo donde estaba?

CM: *Shaver Ranch* y ya no existe yo creo, porque un día fui y luego yo, ya con familia, ¿no? Con mi esposa y todo, ¿no? Fui y anduve buscando y no, no, pos no se veía ningún *Shaver Ranch*. Yo sé que la, decía ruta número uno, ruta número uno *Shaver Ranch* y él se llamaba *Bob Shaver*, *Bob Shaver*. Y fui a la oficina de correo ahí en Eloy y tampoco, “No, no está ni registrado aquí”, me dijo, “ya tiene como, tenemos como veinticinco, treinta años”, dice, “con este récord aquí y no está ningún *Shaver*”.

AA: ¿Cuántas personas estaban trabajando ahí con el señor *Shaver*?

CM: Fácil seríamos como unos cincuenta, en ese rancho, más o menos. Era una cocina grande, una vez hicimos huelga al cocinero porque nos daba frijoles con, frijoles

con papas en la mañana, y luego papas, frijoles, papas y frijoles a medio día y pues, no nos cambiaba, pues, no nos cambiaba de comida. Y luego, había algunos muy bravos, muy bravos, que no se conformaban con lo que les daban. “No, a mí me pones agua limpia, y a mí me cambias de comida, si no soy perro pa que me des la misma comida todos los días”. No, y sí, parece que se que arregló. Para ese entonces ya estaba yo con Emilio, ¿no? Ya comprábamos nuestra propia comida y cocinábamos ahí nosotros. Pero se llegó el día 31 de diciembre, que me llevaron un telegrama de aquí de Naco: “Tú papá grave, vente si puedes”. Sí podía, no, no estaba lejos.

AA: ¿Quién se lo mandó?

CM: Todo el mundo me lo creyó, menos el dueño del rancho. No, dice: “Quieres irte a pasar Año Nuevo a tu pueblo, ¿verdad?”, me dijo. “No”, le dije, “este telegrama”, le dije, “no lo inventé yo ni, ni yo sabía que mi padre estuviera enfermo”. Cuando llegué estaba mi papá agonizando casi, y no se murió de eso. Tenía pelo blanco así como yo, pero, cuarenta y tantos años de edad.

AA: ¡Uh! Estaba joven. Vamos a hacer una pequeña pausa.

CM: Sí, como no, seguro que sí.

(entrevista interrumpida)

AA: Continuamos con la entrevista del señor Cuahutémoc Madrid. Me decía que, que le llegó un telegrama que su papá estaba enfermo.

CM: Estaba enfermo, sí. Y él me trajo, el dueño me trajo hasta Coolidge. Hasta ahora últimamente no me entiendo porque me trajo a Coolidge, porque Coolidge, es un pueblo que atraviesa... Para venirse de Eloy de los campos donde yo trabajaba, tenía que atravesar la carretera diez, que es ahora para Coolidge y está cerca de Florence. En Florence está la prisión estatal de aquí, de aquí de Arizona. ¿Por qué me trajo hasta ahí? No sé, pero, yo agarré un camión aquí a Tucson, porque no

había camiones para allá pal [para el] lado de, se sale de la ruta diez, para ir al pueblito ese, no, Bisbee, Douglas, Naco, es otra, es otra carretera, que es la 80.

AA: La 80.

CM: Bueno, me trajo a ahí y llegué aquí a Tucson, a la estación de autobuses, cuando estaba la estación de autobuses, la acaban de tumbar hace como unos ocho o diez meses que la tumbaron. Llegué a ahí y le dije a la ventanilla: “¿Hay un camión para Naco o un tren o lo que sea?”. Ni tren, ni, ni camiones, hasta en la mañana.

AA: Por las fechas.

CM: “Es día ultimo del año”, me dijo, “acuérdate”. Ahí me pasé el Año Nuevo, ahí me recibió el Año Nuevo, en la mañana sí agarré un camión para Bisbee y de Bisbee agarré un taxi para Naco y llegué muy, pues, muy, muy; así como ando ahorita, ¿no? Pero, con un sombrero y un pañuelón, un pañuelón colorado. Pueblo mitotero, pues luego se dio cuenta. Pueblo chico, mitote grande, ¿no? Sí, porque me salió un muchacho amigo mío. “¿Qué hubo Temo? ¿Qué tal? Feliz Año Nuevo”. “Feliz Año Nuevo”. “¿De dónde vienes?”. Ya traía veliz nuevo yo. “¿De dónde vienes?”. “Pos andaba de bracero por ahí”, le digo, “y, ¿tú qué haces?”. “No, nada aquí, esperando que haber que abran y que esto, y esto otro. Oye, ¿qué hay de nuevo?”. “Que te robaron la novia”, me dijo.

AA: ¿Cómo así?

CM: Sí, me la robaron. Bueno, pos se cansó de esperar la muchacha y se fue con otro hombre, ¿no? De ahí ya anduve pensando, ¿qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Hasta que salí para rumbo a, rumbo al sur otra vez. Guaymas, Hermosillo, Agua Prieta, Naco y así, dándole la vuelta. San Luis Río Colorado y a ver en que me entretenía allí, porque, pues, para poder vivir, ¿no? Ya la cosa, ya me fui y llegué, estuve trabajando tres meses en el, en el ferrocarril aquí en Benjamín Hill. Me fui, en Guaymas llegué de lavaplatos, me encontré un amigo en Benito Guayante, bueno, Guaymas. “¿Qué hubo Temo? ¿Qué andas haciendo por aquí?”.

“Ando buscando un trabajo”, le dije yo, “andaba en los muelles aquí”, le digo, “y me ha salido algo, pero no”. En los muelles no, hay que cargar furgones, que son carros de ferrocarril, de camarón, cargarlos, ¿no? O descargar barcos, porque es puerto de altura ahí también. Puerto de altura es que ahí se llegan barcos de Japón y de Dinamarca y de, pues muchas... Y uno va y ayuda y le pagan bien a uno, pero sí hay que, hay que sin parar, tiene que descargar uno. Nos daban dos horas pa descargar un furgón de camarón, de cajas, ¿no?

AA: ¿Dos horas nada más?

CM: Dos horas, pero, éramos cuatro y una banda, a correr y a correr, a correr, hasta que terminábamos. Nos pagaban \$120 pesos de aquellos tiempos, para cuatro, un cheque. Ahí íbamos y lo cambiábamos en una cantinucha de ahí del puerto, ¿no? Y de ahí me encontré en la calle a Benito. “Oye, ¿[d]ónde trabajas tú?”, le digo. “En Hotel Miramar, ¿quieres trabajar con nosotros?”, dice, “pero de lavaplatos”. “No le hace, lo que sea”, le digo, “¿hay comida?”. “Sí, de sobra”, dijo. Ya fuimos y ahí fueron dos años de mi vida, después ya andaba de mesero, porque como sabía poquito inglés, y los meseros de allá no saben nada, nada. No sabían, al menos, ¿no? Por ejemplo, llegaba un gringo y, llegó un gringo al restaurante ahí, y no hallaba como explicarse si los huevos no los quería así. Ya, y luego, ya le decía: “*How do you like the eggs? Well done? Straight up? Scramble?*”. “*Scramble, era boy, my friend*”. Y luego sacaba una peseta y me la daba, ¿no? Ya le decía al cocinero yo que los quiere revueltos y luego la carne, la carne *well done, medium or red, red* es que casi le viene escurriendo la sangre, así. Todo esto cuando aprendí bastante allí de, de cómo trabajaba la cosa ahí, fue don Juan Casini, un italiano, y me dijo: “El grandote”, porque era chaparro él, “el grandote, yo quiero que te pongas de mesero aquí, tú hablas bien”, dice, “el inglés”. No, para ellos, ¿no? No, que iba a saber inglés, ni lo sé todavía. Si el español no sé ni cómo lo hablo.

AA: Lo habla muy bien.

CM: Bueno, ya me quiero ir.

AA: No, no, no. Me estaba contando de cuando estaba trabajando como bracero, le iba a preguntar, ¿alguna vez tuvo algún problema con algún patrón?

CM: No, lo único que hicimos, no, no le declaramos en huelga cuando el cocinero no nos quiso cambiar la comida, ¿no? Pero en lo absoluto, yo con él nomás, ese, ese desacuerdo, que él no me creyó que mi padre estaba enfermo y por eso que yo no regresé yo, era mi intención regresar, si traía puesto los ojos en la, en la que me ayudaba allá a pisca, en la que me enseñó, pero, jamás volví a saber de ella. Por eso digo que...

AA: Entonces, usted, una vez que se fue, que se regresó a Sonora, esa vez que su papá estaba enfermo, ¿ya no regresó como bracero?

CM: No, no. Ya no pude.

AA: ¿Ya no buscó las contrataciones?

CM: No, porque él me dijo: “Es todo”, me dijo, “ya no pue[des], ya no vuelvas”, me dijo, “ya no vuelvas porque de todos modos ya estamos en la segunda”, me dijo, “la segunda”. La pisca de primera empieza en septiembre y después, vuelve a salir el capullo de la, de la mata, para enero. Y ya empieza a salir y, y ya empieza a pisca la segunda, pero no tiene, no es de la misma calidad de la primera, por eso es que ya, ya él no iba a ocupar tanta gente, y poco a poco iba a empezar... Y yo le di la oportunidad, sin quererlo. Pero de todos modos, pues yo no agarré un centavo de extra ni nada, ni modo, ¿qué le vamos a hacer? Papeles que me dieron, nunca supe yo si se quedaron en mi casa, o se me perdieron en el camino de las aventuras que anduve trayendo por aquí, por aquí y por ahí, ¿no?

AA: ¿Cuánto tiempo estuvo como bracero?

CM: Como unos cuatro meses nada más.

AA: ¿Cuánto tiempo duraba el contrato?

CM: No tenía fechas, que yo sepa. Que yo recuerde, debe de haber tenido, pero no, no, a mí no me dijeron de tal fecha a tal fecha. Nunca me lo dijeron. No, yo creo que el contrato, el contrato se arreglaba entre el, entre el dueño del rancho y el Consulado o no sé, no sé.

AA: ¿Alguna vez ahora que...?

CM: Tantas cosas que ignoramos nosotros.

AA: Ahora que menciona el Consulado, ¿alguna vez hubo autoridades mexicanas como el cónsul o representantes del cónsul...?

CM: Hubo una mujer, una mujer que iba y nos consultaba a nosotros, ¿no? Y ya la recuerdo a ella, era chiquilla ella, delgadita, pero muy buena para hablar español e inglés, ¿no? Y nos iba, ahí donde andábamos nosotros en la pisca, ahí, ahí nos, no, nunca fue, que yo sepa, nunca fue a donde estábamos ya descansando nosotros, no. Ahí mismo en el, en el trabajo y llegaba ella ahí con los papeles y todo eso. Pero nunca recuerdo yo si era del Consulado, si era el Gobierno Americano, de alguna sociedad, bueno, nada. No recuerdo.

AA: ¿Nada más para verificar que estuvieran bien?

CM: Sí, no, no, pues sí, algo así. Porque no, no, allá tendría que consultar yo con... Pero, de los como casi cincuenta que estábamos ahí, me acuerdo que había un muchacho, cuando yo estaba en Nogales, en Nogales, Sonora trabajando, lo vi ahí, andaba de chofer de camiones grandes, de allá de Obregón para acá pa Estados Unidos, venía y descargaba en Nogales, Arizona, pero, ya ni recuerdo cómo se llama. Un güerito él ah y otro güerito que me tocó ver en Naco, Ángel López, creo de Banámichi, o de Arizpe, porque aquí por el río de Sonora, me tocó verlo en Naco, esos dos son los únicos de los casi cincuenta. Los demás, no recuerdo, ni los he visto.

AA: De sus compañeros de ese rancho, ¿alguno de ellos se enfermó?

CM: No que yo sepa, digo, de gravedad no. No, de gravedad no.

AA: ¿Sabe usted si tenían servicios médicos ahí en el campo?

CM: No, no teníamos, no teníamos. No había servicios médicos. Si había teléfono, nunca supimos nosotros, porque el rancharo iba y venía todos los días, ¿no? Y luego, teníamos contacto con Emilio. En aquel entonces no había los celulares que trae uno todo el tiempo aquí, pero...

AA: ¿Cuántos días a la semana trabajaban?

CM: Todos los días, nomás el domingo, a veces agarrábamos un rato o el sábado en la tarde, y: “Que vamos al baile allá a Coolidge, y que vamos, Coolidge y que vamos al baile ahí”. Sí nos íbamos, en un trocón grandote pues, porque no estábamos muy le[jos]. [Es]taba como de aquí a medio camino, como de aquí a Nogales, de aquí a Nogales son sesenta y cuatro millas, ¿no? Como treinta dos millas más o menos de ahí, metidos en el desierto. Ahí llegamos a, a al lugar ese ahí que estaban tocando en las calles, en las calles tocaban y restauran mexicanos, bueno que le dicen mexicanos, ¿no? Pero, restauranes mexicanos, pues, casi no hay.

AA: México americano.

CM: Sí, México americano, así le dicen ellos. *Mexican, mexican food*, pero no.

AA: Y, ¿qué hacían para distraerse aparte de ir a los bailes?

CM: Nada, jugar a la baraja.

AA: ¿Había cine?

CM: En las noches y ahí nunca me ha gustado la baraja, nunca. No, nada, descansar nomás. Cenar y descansar, porque era de noche, era levantarse de noche de vuelta y vámonos, a pum, pum, allí a darle, duro y macizo. Nunca supe otra clase de trabajo ahí, más que eso.

AA: ¿Qué hacía con el dinero que ganaba?

CM: ¿Cuál del dinero? Si casi se me iba en pura comida, en un pantaloncito, un

pantaloncito. No, y uno, el sonoreense, es muy distinto al del sur, ¿eh? Le estaba diciendo anteriormente que iba, que iba ese muchacho Julio, ¿no? Y algunos ya no, pero, me recuerdos están aquí puestos en Julio nada más, ¿no? Ángel, que si, todavía que está acá. Si él ganaba \$40, compraba \$10 dólares, \$10 dólares entre papas, entre frijoles y entre, esto y esto otro, era todo lo que comía toda la semana. Ellos no sabían de un pedazo de jamón, de una barra de pan o esto y esto otro. Si había, si había pan ahí se tenían que cotizar entre tres, cuatro, pa comprar unas dos barras de pan y esto es para mañana, y esto es para esto, y esto. Y el centavo que les sobraba, el centavo que lo mandaba para allá para México. Y uno no, uno es más liberal con el dinero. Si yo tengo \$10, pues, es uno para la casa y son nueve para mí. No, somos muy diferentes. La juventud de aquel entonces, sonoreense, era muy diferente a la de... Porque casi venían muchos viejones de por allá.

AA: ¿De qué estados, se acuerda?

CM: Sí, Jalisco, de Michoacán, de la ciudad de México y de Sinaloa casi no venían. Bueno, han de haber venido, ¿no? Pero, como eran miles y nosotros no éramos, éramos menos de cincuenta, estoy seguro que éramos menos de cincuenta, porque en un camión nos traían a todos, a todos los que íbamos al mismo sitio. Pues, no me arrepiento, porque viví, viví mi vida y nunca he sido enfermizo, gracias a Dios. Cumplí setenta y ocho años, ahora el día 11 de diciembre, y como le digo...

AA: Se ve muy bien.

CM: No, ni tanto. Nunca vea usted lo que, lo que guarda la sandía por fuera, por dentro. No, pero, no me siento nada, no me duele el estómago, me siento perfectamente bien.

AA: Se ve usted muy bien. Cuénteme, ya para finalizar la entrevista, ¿qué siente usted cuando lo llaman bracero? ¿Qué significa para usted?

CM: Me siento orgulloso, porque bracero se siente que, que, que se refiere al, a brazo, porque fuimos los brazos de este país, en ese entonces. No, no le he platicado,

¿no? Que en aquel entonces cuando ya empezaron a irse, todos los soldaditos se fueron a ir de aquí, hombres que estaban trabajando en los campos y todo, los llamaron. Nativos de aquí del país o legalizados, los llevaron a la guerra. La guerra duró del [19]41 al [19]45, la amnistía se firmó, si no me equivoco en noviembre de 1945, después de la guerra de la bomba atómica en Nagasaki y en Okinawa, bueno, por ahí va la cosa.

AA: Hiroshima.

CM: En ese entonces, se quedaron solos los lugares, esa fue la fuerza que mandó pedir Estados Unidos para México, ¿no? Y hay una anécdota que existe entre, entre Franklin Delano Roosevelt y Manuel Ávila Camacho era el presidente de México en aquel entonces, ¿no? Le dijo Miguel Ávila Camacho, le dijo: “Pancho, Manuel”, le dijo. “¿Eres tú Pancho?”. “Sí, soy Pancho”. Así se decían entre ellos, familiarmente, ¿no? “Necesito que me hagas un favor muy grande”. “¿Qué necesitas?”. “Necesito cien mil, cien mil soldados o cien mil trabajadores, lo que me puedas mandar para Estados Unidos”. “¡Ah, caray!”, le dijo, “podría mandártelos si los tuviera, pero si quieres cien mil mariachis, mañana los tienes”, le dijo. (risas) Esa fue la anécdota del tiempo de los braceros, ¿no? Porque ya del [19]42 ya empezaron a pasar filas, filas. Los pueblos se quedaron, allá se empezaron a quedar vacíos, vacíos porque en muchas ocasiones agarraban todo.

AA: ¿Cómo se quedó Pilares, después de que...?

CM: ¿Pilares?

AA: Pilares.

CM: Existe el pueblo todavía.

AA: Pero, en aquel tiempo cuando todos los jóvenes se venían a trabajar. Y, ¿quién hacía el trabajo de mina o de campo?

CM: No, porque las minas estaban cerradas, esa fue la razón de que, de que mi papá salió de ahí con todo. Se vino a un pueblito que se llama La Púrica, otro pueblito

que se llama Churunibabi, había minas chicas y ahí le rascaban ellos lo que podían y no les pagaban tampoco, porque el rico, todos los días es más rico y el pobre, todos los días es más pobre.

AA: Desgraciadamente así es.

CM: Es la desgracia.

AA: Me cuenta que su papá también estuvo aquí en Estados Unidos, ¿estuvo como bracero?

CM: No, mi papá había estado trabajando en Bisbee cuando no había muchos papeles, ni en los veintes y algo, ¿no? Bueno y él trabajó en Bisbee en el traque y en la mina, y todo eso, ¿no? Cuando se regresó, cuando se volvió abrir Pilares, ahí fue, fue cuando se casó con mi mamá. Y, porque mi mamá estuvo en escuela aquí, pero era del otro lado, era de Huásabas o de Granados, por ahí, ¿no? Cuando se vino mi mamá para acá para Bisbee, porque ahí se conocieron, yo creo que, no supe donde se casaron, ¿no? Pero y regresamos y ahí nacimos casi la mayor parte de los, de los hijos, en... En Nacozari, San Juan del Río, Churunibabi y Pilares. Y cuando mi papá se regresó a Naco, luego luego arregló sus papeles y se vino a trabajar a Bisbee. Se vinieron a vivir a Bisbee. Si yo era el único en México. Me decían: “Tonto, vente pa Estados Unidos”. “¿Por qué me voy a venir? ¿Por qué?”. Porque yo estaba en Fray Marco de Niza, y a veces con las propinas que ganábamos nosotros en Fray Marco de Niza, ganábamos más que los trabajadores de aquí de Estados Unidos.

AA: Claro que sí.

CM: Y me consta, porque aquí ganaban \$1 dólar la hora, \$1 dólar la hora. Si cuando yo llegué el [19]57 a aquí a Tucson, todavía estaban ganando \$1 dólar y centavos la hora. En el [19]57, en agosto empecé a trabajar yo en la mina de San Manuel y luego luego empecé a mirar la diferencia de lo que pagaban, que lo que pagaban anteriormente, a lo que pagaban cuando yo empecé a trabajar. No me quejo tampoco, me faltaron tres meses para cumplir los treinta y uno aquí, por eso vivo

sin trabajar ahorita, porque el gobierno me manda un chequecito y la compañía me manda otro.

AA: Por todos, por todos esos treinta años de trabajo.

CM: Sí, yo, yo le pagaba casi los \$9000 dólares de taxes aquí al gobierno, y todo eso lo jinetaban ellos y ahora me lo están devolviendo en pedazos, en fracciones, pero, que, que...

AA: Pero, es su dinero.

CM: Al menos, yo sigo esperando que un día se le haga justicia a los braceros de aquí de Estados Unidos, que vivimos aquí, que las circunstancias, las necesidades, o las cosas de la vida, ¿no? Nos trajeron a aquí, que cuando menos nos manden unos, pues algo, para que nos entierren, porque eso sí, el gobierno no paga entierros aquí.

AA: Ojalá, ojalá algún día se resuelva eso.

CM: Ah, pues, ojalá.

AA: En su opinión, ¿qué piensa del Programa Bracero? ¿Fue un programa bueno?

CM: Que había de reanudarse de vuelta, se iban a acabar problemas aquí en los campos. Que había de haber un programa que sea de visa temporal para venir a trabajar y regresarse a la hora que quiera uno.

AA: En cuanto al Programa Bracero del [19]42, ¿cuál es su opinión?

CM: Hubo muchas injusticias, muchas injusticias, porque en aquel entonces hubo personas, aquí está Armando, le mencioné, es un amigo que está aquí.

AA: Armando Durán.

CM: “No”, dice, “yo al mes me vine yo de allá”, dice, “al mes me fui de aquí de Estados Unidos para México. Nos pusieron un tambo grandote de esos de

cincuenta galones, para que nos bañáramos ahí”, dice, “en grupo. Y el tambo estaba lleno de agua contaminada, de con decir que cuando abrimos la llave, salía un montón de hormigas de esas coloradas y nos cayeron en la espalda”, dice. Dice: “¿Tú crees que tenga muchas ganas de venir al Programa de Bracero yo?”, dice. Y en cambio, nosotros nos bañábamos cuando queríamos o que se, como cada tres semanas, pero, nos tocara o no nos tocara. (risas) No sí, teníamos especialmente cuando me llamó Emilio para, el mayordomo, ¿no? Me llamó y ahí había baño. Y los demás también, yo los veía que se bañaban en una carpita que tenían ahí, un chorrillo de agua, con el botecito de agua. No había servicios sanitarios como la gente aquí, ni nada de eso. Bueno, no los hay ahorita en los ranchos, no, no.

AA: En muchos todavía no.

CM: En muchos nomás no.

AA: ¿Para usted cómo fue? ¿Cómo funcionó el programa? ¿Fue un programa bueno? ¿Se ayudó usted de alguna manera?

CM: Económicamente no, no, económicamente no. La pura ropita que llevaba nomás y fue todo lo que llevé, porque no llevaba, si llevaba \$50 dólares en la bolsa, era mucho, cuando regresé, después de cuatro meses. No era borracho, no tenía la edad yo para andar tomando en las cantinas ni nada de eso, pero, sí me gustaba, por ejemplo, si compraba una camisa, pos me gustaba comprar una camisa más o menos buena, un pantaloncito Levi's bueno, y botas, porque las botas se usaban mucho. Ahora andamos a gusto, muy a gusto con tenis, ¿no? Hasta los viejos.

AA: Sí, nosotros también. Bueno, pues, ya para finalizar, ¿quisiera agregar alguna anécdota que le haya ocurrido a usted o a algunos de sus amigos, mientras estuvo en el Programa Bracero?

CM: No creo que ninguna. No cree que nomás como me dice Armando, dice: “Nos peleamos con el rancharo este”, dice, “nos llevó a Nogales, Sonora para ir a tirarnos a Nogales, Sonora. Me llevó a Nogales, Arizona y ahí nos apeamos

nosotros, y nos bajamos de la *van*”. Le dije: “Espérese, ¿puede esperar un momento aquí?”, le dijo al rancharo, ¿no?, “voy a ir a comprar cigarros”. Se bajó. “¿A dónde va a comprar cigarros?”. “Allí al Consulado Mexicano, a ponerte el dedo”, le dijo, “ponerte el dedo”. Fue y les dijo, sí. Y dice que los del cónsul, en Nogales, en Nogales, Arizona, le pegó una maltratada al rancharo, más no sé si será cierto o no, ¿no? Es lo que me dijo, hace rato, ahorita antes de venirme, le hablé. “Tengo una cita”, le dije, “en la Iglesia de Santa Cruz”, le dije, “y se trata de eso, y esto otro, ¿no quieres ir conmigo?”. “No”, me dijo, “no tengo, no quiero ni guardar recuerdos de lo que sucedió”, dice, “si tú crees que en México te tratan mal los patronos”, dice, “vente a trabajar con un rancharo aquí a Arizona”, me dijo, “o a Texas o a California. Porque por bien que le trabajes tú de sol a sol, él no te va a corresponder, no te va a recompensar con nada. El día que tú cumples contrato, *goodbye*”, así.

AA: ¿A algunas personas no les fue bien entonces?

CM: No, no. Hay muchos que no quisieron ni recordar esos tiempos, pero hay otros que como yo, ¿no? Yo soy libre pensador y creo yo que, ni tan libre pensador, porque voy, voy todos los domingos a misa aquí en Catedral, no aquí.

AA: En Catedral.

CM: Queda para allá pa donde vivo yo. Yo, o sea, es que yo le doy gracias a Dios, todos los días que pasan de mi vida, y por haberme puesto en todos esos caminos, así. Le podría platicar esas veces que trabajé en las minas, en minitas chicas y quebrando leña cuando estaba chamaco y todo eso, ¿no? Partiendo leña para, pa la estufa y todo eso. Para ganarme la vida, ayudarle a mi papá, porque mi papá, pos, tenía muchos hijos y no la hacía con el dinero que le pagaban. Pero, en fin, todo, todo salió bien.

AA: Qué bueno.

CM: Mi papá murió, mi mamá murió también, y ya tres de mis hermanos ya han muerto y en fin, y yo aquí todavía...

AA: Aquí estamos.

CM: Dando guerra todavía.

AA: Y se ve muy bien. Me da mucho gusto. Se acuerda de todo muy bien.

CM: No, el gusto es mío y ojalá, y como digo, si hay destino, que nos volvamos a encontrar en...

AA: Ojalá.

CM: En el mismo camino.

AA: Mucho gusto. Bueno, en nombre del Instituto de Historia Oral de la Universidad de Texas en El Paso y en lo personal, le agradezco mucho su tiempo, y le agradezco mucho las historias que nos compartió.

CM: No, muchísimas gracias a usted y a todos los que la acompañan.

AA: Bueno, con esto damos por terminada la entrevista.

CM: Sí, está bien. Muchísimas gracias, ¿eh?

AA: Gracias.

CM: Hasta luego.

Fin de la entrevista